

*¡Oh amor poderoso!
Que a veces hace de una bestia un hombre,
y otras de un hombre una bestia.*
William Shakespeare

Prólogo

El amor... ¡qué gran contradicción! Convierte en egregios conquistadores a individuos esclavos de tan zafia motivación como lo son los voceríos de su bragueta. Convierte en elegantes y esquivas damiselas a mujeres en su treintena, obsesionadas por garantizarse las más elementales cuestiones de intendencia. Y, a la vez, es el sentimiento más puro y bello que imaginarse pueda.

En este libro se recogen historias que han ocurrido en mi entorno más o menos cercano. Historias por las que he visto sufrir sin razón. Soportar desplante y humillación. ¿Qué nos lleva a aguantar eso? ¿Qué absurda fuerza nos arrastra a perseguir el látigo? Nuestra naturaleza. ¿Qué, si no?

El amor es una sofisticadísima reacción química que ha ido desarrollando el ser humano durante veinte millones de años, sencillamente para garantizar el hecho reproductivo. ¿Cómo si no, el bípedo más egoísta de nuestro planeta, se dejaría la vida por otros seres? ¿Por qué si no, siendo el egoísmo nuestra característica esencial, nos agobia tanto la soledad? (En un momento he dicho tres veces «si no». Es ponerse una a hablar de amor... y empezar a contradecirse).

Es química (yo soy de letras). Pura química. Igual que al litio lo llamamos LI o al hierro FE, al amor lo podríamos llamar AM y ponerlo en lugar del américo. En los actínidos. Para colmo, los actínidos, son los elementos de «transición interna». Tienen tiempos de vida cortos y todos sus isótopos son radiactivos. ¿Les suena?

Platón decía que el nombre es arquetipo de la cosa. Supongo que el símbolo, también. Si a esto le sumamos que los actínidos se representan en la tabla periódica con el color amarillo, llegamos a la conclusión de que Antoñete llevaba razón, y... ¡al amarillo ni acercarse!

Por si no la recuerdan de memoria, les adjunto la tabla periódica de los elementos. Para que vean, en realidad, qué posición ocupa el amor en nuestro universo.

Bien contradito en la última fila.

Así que, por conclusiones empíricas de índole química y tau-rina... cuidadito con el amor, por mucho tirón que tenga.

Espero que, como a mí, las historias que siguen a continuación os sean de utilidad para entender un poco qué demonios es esa mágica trampa de la que, una y otra vez, todos hemos sido presos.

1 H 1.0079 Hydrogen																	2 He 4.0026 Helium
3 Li 6.941 Lithium	4 Be 9.0122 Beryllium											5 B 10.811 Boron	6 C 12.011 Carbon	7 N 14.007 Nitrogen	8 O 15.999 Oxygen	9 F 18.998 Fluorine	10 Ne 20.180 Neon
11 Na 22.990 Sodium	12 Mg 24.305 Magnesium											13 Al 26.982 Aluminium	14 Si 28.086 Silicon	15 P 30.974 Phosphorus	16 S 32.065 Sulfur	17 Cl 35.453 Chlorine	18 Ar 39.948 Argon
19 K 39.098 Potassium	20 Ca 40.078 Calcium	21 Sc 44.956 Scandium	22 Ti 47.887 Titanium	23 V 50.942 Vanadium	24 Cr 51.996 Chromium	25 Mn 54.938 Manganese	26 Fe 55.845 Iron	27 Co 58.933 Cobalt	28 Ni 58.693 Nickel	29 Cu 63.546 Copper	30 Zn 65.38 Zinc	31 Ga 69.723 Gallium	32 Ge 72.630 Germanium	33 As 74.922 Arsenic	34 Se 78.96 Selenium	35 Br 79.904 Bromine	36 Kr 83.80 Krypton
37 Rb 85.468 Rubidium	38 Sr 87.62 Strontium	39 Y 88.906 Yttrium	40 Zr 91.224 Zirconium	41 Nb 92.906 Niobium	42 Mo 95.94 Molybdenum	43 Tc 98 Technetium	44 Ru 101.07 Ruthenium	45 Rh 102.91 Rhodium	46 Pd 106.42 Palladium	47 Ag 107.87 Silver	48 Cd 112.41 Cadmium	49 In 114.82 Indium	50 Sn 118.71 Tin	51 Sb 121.76 Antimony	52 Te 127.60 Tellurium	53 I 126.90 Iodine	54 Xe 131.29 Xenon
55 Cs 132.91 Cesium	56 Ba 137.33 Barium	57-71 La-Lu Lanthanide series	72 Hf 178.49 Hafnium	73 Ta 180.95 Tantalum	74 W 183.85 Tungsten	75 Re 186.21 Rhenium	76 Os 190.23 Osmium	77 Ir 192.22 Iridium	78 Pt 195.08 Platinum	79 Au 196.97 Gold	80 Hg 200.59 Mercury	81 Tl 204.38 Thallium	82 Pb 207.2 Lead	83 Bi 208.98 Bismuth	84 Po 209 Polonium	85 At 210 Astatine	86 Rn 222 Radon
87 Fr 223 Francium	88 Ra 226 Radium	89-103 Ac-Lr Actinide series	104 Rf 261 Rutherfordium	105 Db 262 Dubnium	106 Sg 263 Seaborgium	107 Bh 264 Bohrium	108 Hs 265 Hassium	109 Mt 268 Meitnerium	110 Uun 272 Ununium	111 Uuu 273 Ununium	112 Uub 277 Unbinium	113 Uut 284 Untrium	114 Uuq 289 Unquadrium	115 Uup 288 Unpentium	116 Uuh 285 Unhexium	117 Uus 289 Unseptium	118 Uuo 286 Unoctium
		57 La 138.91 Lanthanide	58 Ce 140.12 Cerium	59 Pr 140.91 Praseodymium	60 Nd 144.24 Neodymium	61 Pm 145 Promethium	62 Sm 150.36 Samarium	63 Eu 151.96 Europium	64 Gd 157.25 Gadolinium	65 Tb 158.93 Terbium	66 Dy 162.50 Dysprosium	67 Ho 164.93 Holmium	68 Er 167.26 Erbium	69 Tm 168.93 Thulium	70 Yb 173.05 Ytterbium	71 Lu 174.96 Lutetium	
		89 Ac 227 Actinide	90 Th 232.04 Thorium	91 Pa 231.04 Protactinium	92 U 238.03 Uranium	93 Np 237 Neptunium	94 Pu 244 Plutonium	95 Am 243 Americium	96 Cm 247 Curium	97 Bk 247 Berkelium	98 Cf 251 Californium	99 Es 252 Einsteinium	100 Fm 257 Fermium	101 Md 258 Mendelevium	102 No 259 Nobelium	103 Lr 260 Lawrencium	

Las yemas

Bueno, al grano. Soy Martina. A pesar de tener un nombre de inspiración rusa, soy de Quintanar de la Orden. ¿Saben dónde está? Pues miren, linda con Mota del Cuervo, Villanueva de Alcardete y La Puebla de Almoradiel. ¿Ahora ya se ubican, verdad? Así que mis padres pensaron que lo mejor era llamarme Martina.

En mi pueblo, como pueden imaginar, nadie más se llamaba Martina, así que terminé por preguntarle a mi madre:

—¿Por qué yo?

—En honor a Martina Navratilova.

Mi madre, que también era de Quintanar de la Orden (como mi padre), es muy aficionada al tenis, a pesar de que lo más parecido a una raqueta que ha tenido en la mano es la sartén vitrocerámica.

Soy hija única, porque mis padres son un poco mayores. Sobre todo mi madre.

Mi madre es que tuvo vocación. Entró en las Clarisas casi de niña, a los dieciséis años. No le fue mal, de hecho estuvo a punto de ser Madre Superiora, pero convirtieron el convento en hotel y la mandaban a Tordesillas. Y claro, cómo se iba a apartar tanto de mis abuelos. Eso... y lo de mi padre.

Mi padre era pastelero y comercializaba muchos de los dulces que hacían las monjas. Entre ellos estaban las yemas de Santa Clara. ¡Benditas yemas! Había que ir a por ellas a diario para

que no se pusieran duras. Pasó que a las monjas se les estropeó el torno, mi madre salió por la puerta de atrás del convento con la bandeja de yemas cuando a mi padre, que se llama Venancio, se le había atascado la puerta de la furgoneta. Tiraba de ella apoyando la planta del pie en las bisagras. Constanza, osease mi madre, salía toda cuidadosa caminando sin doblar las rodillas, con la mirada fija en aquellas preciadas esferas suficientemente blanditas para ser paladeables, pero suficientemente duras para poder rodar por la bandeja. Don Venancio, que es todo con «b» (es bueno, bruto y se llama Venancio), pues él se empeña en escribirlo con la segunda letra del alfabeto, se quedó con el picaporte en la mano sin conseguir abrir la puerta. Fue a parar de cuerpo entero sobre mi madre y las yemas. El hábito de mi madre pasó de no haber conocido varón a tener encima, más ancho que largo, el cuerpo enharinado del pastelero.

—¡Por Dios, bendito! ¿Qué ha hecho usted? —profirió Constanza con voz más llorosa que recriminatoria.

—Es que la, la... la puerta del picaporte, digo, el picaporte de la puerta, se ha arrancao al yo tirar, sin querer.

—¡Pues la ha hecho usted buena! ¿Y ahora qué le digo yo a Sor San Genaro? Que sepa usted que teníamos que pagar la luz con lo que nos iba a dar por las yemas. Y que ya nos ha llegado una carta de Iberduero avisando... ¡que nos la cortan! —dijo con una mezcla de rabia y temor que no se correspondía con alguien que había puesto su vida en manos de la providencia.

Y en manos de la providencia estaba...

Mi padre se enamoró en el acto de aquel rostro lloroso, enmarcado en blanco y marrón. Desde entonces hasta hoy, me consta que no ha tenido ojos más que para ella. Padre empezó a ir a misa a diario. Antes de recoger las yemas, se oía la misa entera y comulgaba. Incluso cantaba. No canta mal. Tiene una voz estilo Emilio José que no está mal. Echaba el resto en aquella de «Cantemos al amor de los amores», para hacerse notar.

Madre también puso de su parte. La excusa de que las yemas daban mejor presentación en una bandeja grande en el escapa-

rate de la panadería, y sabiendo que la bandeja no cogía por el torno, le supuso la coartada perfecta para saltarse la clausura en beneficio de la comunidad.

Mi padre, el hombre, cada vez vendía más yemas. Si hacía falta, se las comía él mismo. Lanzó una promoción que si comprabas cinco pistolas de pan, te regalaban media docena de yemas. Llegó a inventarse las «yemas con sorpresa» para el día de Reyes y propuso a las hermanas una versión salada para meter en bocadillo, pero aquello no cuajó, por la razón que fuera.

Las monjas, encantadas.

Como veían que aquello de las yemas funcionaba, no le ponían reparos a que mi madre saliera a diario con una bandeja de aluminio que parecía una pista de baile. Pasaron de no poder pagar la factura de Iberduero, a encenderle a las gallinas la luz por la noche para que pusieran más huevos. Empezaron a echar tipazo a base de tortillas de claras con merengue de postres. Viene a resultar que, como Santa Clara era la patrona, la superiora la vio como una señal espiritual. Con tantas dosis de proteína pura las hermanas tocaban las campanas con un brío que contagio a todo el pueblo. Al ser la precursora de la cuestión, sor San Genaro encargo a mi madre que se documentara sobre el tema de los suplementos para deportistas. Mi madre compró todos los libros de dieta para culturistas que figuraban en los catálogos de la librería de Galerías Preciados. Los pusieron en la biblioteca, junto a los evangelios apócrifos, en una estantería con puertas de las que tenía la llave la superiora. Tomando prestado el cepillo del domund y con promesa de mandar el doble de lo recaudado a las misiones el año siguiente, se compraron una cámara de vacío para liofilizar las claras y lanzaron el «Santa Clara muscle», que pronto hizo furor en los gimnasios de la zona. Entre los libros con hombres musculosos en la portada, se le coló a Madre un libro

sobre Martina Navratilova, que era una estupenda tenista pero no destacaba por su femineidad. Como es el único que quedó fuera del armario con llave, mi madre que era muy adionada a la lectura se aprendió las andanzas tenísticas de Navratilova como si del catecismo de Ripalda se tratase. Llegó a cogerle manía a Chris Evert que era encarnizada rival de Martina. Más joven y más mona. Así empezó mi madre su afición por el tenis femenino, que se afianzó después, en la época de Arantxa Sánchez Vicario y Conchita Martínez.

El caso es que, con tanto éxito, las monjas fueron dejando de lado los demás dulces. Artículos de tanta tradición repostera como los pestiños borrachuelos, los mostachones de almendra y los puños de San Francisco, se cayeron del repertorio culinario de las hermanas.

La especialización, a su vez, trajo considerables economías de escala. Y, mientras las finanzas de las Clarisas se consolidaban y el índice de colesterol de la población de Quintanar de la Orden aumentaba en igual proporción, mi padre y mi madre empezaban a ser *mi padre y mi madre*.

Y heme yo aquí. Martina Pérez. Hija única, producto del único óvulo que le quedaba a mi madre el día que colgó los hábitos.

Como mi padre no tenía estudios, se empeñó en que fuera abogada. No sacaba muy buenas notas porque era un pelín vaga, pero nunca me lo recriminaban. Tampoco les ayudaba en la panadería porque a ellos les parecía poco para mí. Y fui creciendo rodeada de amor y de hidratos de carbono. El uno me hizo confiada e ilusa y los otros desarrollaron mi centro de gravedad más que mis extremidades. Así que, en la actualidad, llevo con orgullo el trasero de mi padre y el rostro de mi madre.

Un día, a la salida del cole, se me acercó Paquifel. Paquifel viene de Francisco Rafael, pero como además de largo no es muy bonito,

sus padres lo arreglaron con Paquifel. Se me acercó Paquifel y me pidió un cigarrillo. Yo le dije: «Pero, ¿cómo voy a tener un cigarrillo si tengo doce años?». Y él me dijo: «Yo también tengo doce y te lo estoy pidiendo». Yo le respondí resuelta: «Fumar es malo para los pulmones». Y él me dijo: «¿Y un chicle tienes?». A mí me pareció un aprovechado, pero como era guapo...

Fue mi novio de los doce hasta los diecisiete. Y probablemente la persona a la que más he querido en este mundo. Nos separó la selectividad. Nos preguntaron los reyes visigodos y a él no le había dado tiempo a mirarlos, entre otras cosas, porque se pasó la semana ayudándome a aprender a hacer integrales. Así que, Ariaco, Ariarico, Aorico, Geberico, Atanarico y Alarico se interpusieron entre Paquifel y la carrera de veterinaria como si de la invasión musulmana se tratara.

Paquifel me dejó huella, como mi trasero. Grande. Bien redondo. A veces pienso que, durante el embarazo, mi madre se obsesionó con la masa de las yemas y he ahí mi zambomba tamaño mesa camilla en la que cogerían todos los pasteles con los que se embutieron las sores. De alguna forma, entre los dos vertebraron una personalidad resuelta. Tímida de origen, romántica de fábrica, desarrollé el desparpajo y el ingenio. Me reinventaron, y me reconvertí. Aprendí a reírme de mí misma y, aunque bien es cierto que la cara me ayudaba, fui yo, y solo yo, la que lideraba cualquier cruzada. En resumen: ser despierta. La mejor.

Por eso soy la que sonrío, baila en los bares, canta en los karaokes, cuenta chistes y sale al socorro, al más puro estilo de los payasos a los que canta Sinatra en esa tierna balada que es «Send in the clowns». Cada domingo, durante veinte años, mi padre se la pinchaba a mi madre en el tocadiscos que le regaló mi abuelo; ésa y la de «Fly me to the moon» (creo que la primera vez que las oí fue en su vientre, nadando en el líquido amniótico. Ahí es donde me aficioné a la música; aunque soy más de Pink Floyd y The Killers). El caso es que animo los saraos. Y me adapto. También tengo mi carácter, pero mido dónde lo saco.

—¡Qué jodía eres! —me rugía Paquifel cuando, por algún

absurdo del calibre de que se comiese las palomitas más rápido que yo o que no tuviese ganas de ver la misma peli que a mí me hacía ilusión (aunque la viese), apretaba el morro y le giraba la cara.

Tenía razón. Soy jodía. Muy jodía.

Otras veces, cuando me ponía melosa y le reclamaba más mimos, me llamaba Tamagotchi, igual que aquella mascota virtual del Japón que requería más atención que cualquier ser vivo. Entonces, yo fruncía de nuevo el morro.

Básicamente he sido una superviviente. Crecí con Marina y Cristina. Marina era muy guapa y Cristina dueña de un cuerpazo. Yo para compensar, me maquillaba. Siempre bien tuneada. Pero natural, para que parezca que una es así. ¡Vamos, que no se note! Paquifel me decía que era como el panda de Curro. Sin alerones pero con las ruedas de 225.

—¿Para qué te pintas? —me decía el muy ingenuo cada vez que me levantaba de un bote para dibujarme los labios, una vez terminada la faena.

—Para estar guapa.

—¡Qué tontería! No lo necesitas.

—Eso lo dirás tú.

—Pues sí. A mí es que me molas así.

Me daba igual lo que dijera. Ese perfilador era como el sable láser de Luke Skywalker. Con él me sentía más sexy, que es como tener más fuerza. Eso creo...

A ellas, a Marina y Cristina, les llovían los pretendientes. Para colmo, un año que recalificaron terrenos y hubo bonanza en el pueblo, el alcalde, Don Amancio Torres, las eligió para anunciar el equipo de fútbol. Tres temporadas enteras se pasaron en las vallas del campo, hasta que el sol las decoloró. Cambiaron unas cinco veces de novio cada una. Los elegían a voleo y cuando los desterraban, los muy rastreros, mendigaban misericordia. A mí, en cambio, nadie salvo Paquifel me esperaba. Nadie en cinco años. Por eso creo que estuve con él tanto tiempo.

—¿Por qué me elegiste a mí en vez de a Marina o a Cristina?

—Porque eres la más guapa, tímida y a la vez divertida.
Añado: por eso y por mis estudios. Porque mientras la gente se ponía caliente con las pelis porno, yo tomaba apuntes.
Alguien debería decir que ni eso sirve...